

de rehusarlos, abismóse con gusto en aquellas sirtes de aventuras continuas. Lo primero que hicieron los soldados fué preguntarle por su nombre, calidad y origen. Mas, como quiera que le aquejara la manía de ocultarse, no acertó á responder cosa ninguna, con lo cual vino á confirmar las desabridas sospechas. Así lo descubrieron, lo descalzaron, lo desnudaron, escudriñándole hasta los últimos repliegues de la ropa en busca de papeles ú otras pruebas capaces de mostrar el sospechado espionaje. Ignacio se dejó descubrir, descalzar y desnudar, como se hubiera dejado una estatua. Mucho se burlaron del santo los por el santo burlados. Y no satisfechos aun del todo con sus frustradas pesquisas, condujéronle delante del capitán, amenazándole con torturarlo para que soltase la buscada especie. Grande algazara se armó por las calles de la poblacion, viéndo aquel golpe de muchedumbre armada, que conducia como prisionero de guerra un pobre demente, con los zaragüelles por decencia, desnudo de la rodilla abajo y de la cintura arriba, la piel tan tostada que parecia pergamino, los huesos tan salientes que podian contársele uno á uno como en disecado esqueleto, la barba luenga y enmarañada, la cabellera insurta y esparcida por la espalda, secos los labios, ardientes los ojos, y crecidas las uñas á guisa de rapaz ave; con tal indiferencia y tal estoicismo, que parecia fantástico sér y no humana criatura.

Entre tantas virtudes no lucia la franqueza, no, antes bien hallábase inclinado y propenso al disimulo y al engaño. No se comprende ni explica la razon de callar tan sigilosamente su nombre, su familia y su patria. Gustábale pasar por lerdo y burdo, cuando era de suyo cortés y pulido. Empleaba palabras groseras, y escogia brutales actitudes, para que lo tuvieran por campesino y rústico, en vez de caballero y cortesano. Esto no se le ocurrió jamás á Don Quijote; fingirse un Sancho, y echárselas de bruto y de bellaco. Ignacio vivia entre confusiones continuas. No tomaba resolucion alguna, sino despues de largas meditaciones. Y no meditaba largamente, sino para contraer enfermizos escrúpulos. Habia dado en la costumbre de tratar á todo el mundo con igual tratamiento, y no reconocer las vanidades humanas, como si reconocerlas equivaliera de algun modo á compartirlas. Pero conforme iba llevándole al capitán la tropa, caia un receloso miedo sobre su cavilosa conciencia. Pensó, despues de haber cavilado mucho, si deberia darle al colocado por aquella

increible aventura en calidad de juez, y evitarse así torvas sospechas, que pudieran traerle crueles tormentos, y crueles tormentos que pudieran darle segura muerte. Cavilando todo esto allá en sus interioridades, resolvió decir los tratamientos de ordenanza y usar las maneras de cortesía, que andaban con validez por el mundo y que debian conseguirle un necesario respiro. Mas, perplejo siempre, incierto, dudoso, examinando los actos mas sencillos del vivir comun como actos de trascendencia universal, cayó en la cuenta de que tal propósito nacia de humana flaqueza, y resolvió tratar al capitán, á pesar de su autoridad, tan descortés y bruscamente como acababa de tratar á sus soldados mas ínfimos.

Introducido á la presencia del jefe callóse Ignacio como un muerto. A la pregunta de su nombre no dió respuesta. Ocultó tambien su procedencia y el objeto de su viaje. En vano le asaltaron á preguntas. Nada quiso decir del sitio de donde venia, ni del sitio á donde iba. Los ojos de su cuerpo estaban fijos en la tierra y los ojos de su alma estaban muy léjos de allí, fijos en el cielo. Diríase que no respiraba, segun la rigidez y la inmovilidad de su cuerpo. A tal actitud correspondió el capitán con dureza, llamándole á boca llena espía. Entonces responde que no merece tal nombre y no vuelve á decir palabra. En vano le interroga, en vano le sacude, en vano le amenaza; Ignacio continuaba en su rigidez cadavérica. Ni la vista del tormento aparejado ya, le mueve para nada, y le desvia de su natural indiferencia. A tal pertinacia cae el capitán, ya cansado, en la cuenta de que se las habia con un loco; y despues de reñir ásperamente á sus subordinados por haber conducido á su presencia tal personaje, se lo entrega y dice que hagan de él en desquite lo que quieran.

La soldadesca hizo una de las suyas. Irritóse por la irritacion del capitán y lo pagó el santo. Así que lo tuvieron á su merced y entre sus manos, le trataron como digan dueñas. Quien le baldonó, quien le befó, quien le escupió. Dióle un empujón este y un pellizco aquel. Echáronle por tierra y le pisotearon el cuerpo. Su biógrafo, con esa brutal claridad de los escritores monásticos, llama coces á los pisoteos y pone de bestias á los soldados. Ignacio, magullado, maltrecho, destilando sangre, pateado, dolorido, injuriado, escupido, no hace mas que acordarse de Herodes, de Pilatos, de Judas,



del Pretorio, de los soldados romanos, de Caifás y de Barrabás, de las afrentas y escarnios y heridas del Salvador, por quien pasaba gustoso todas aquellas aflicciones, remedo y copia de su divina Pasion.

No pararon aquí sus aventuras. De manos de los soldados españoles pasó á manos de los soldados franceses; y despues de haber caido en cuerpo de guardia nuestro, cayó en cuerpo de guardia enemigo. Mucho receló de que los soldados de Francisco I quebraran con él como habian quebrado los de Cárlos V. Encontrábase frente á ellos, y no por la primera vez, pues habia con pujanza combatídoslos y contrastádoslos en cumplimiento de sus militares deberes. Al verse, pues, en presencia de otro capitan y enemigo, temió mayores males. Pero desmintióse allí su nefasta estrella, porque lo recibió con mucha cortesía el capitan, dándole de cenar, que bien lo necesitaba, quien iba, como ayuno, completamente desmayado. Ido de Lombardía y el Milanesado á Génova, encontró allí á su paisano Rodrigo Portuondo, almirante de nuestras escuadras y antiguo gentil hombre de los Reyes Católicos, su compañero en la corte y en las armas. Amparóle, pues, su buena ventura, y la casualidad le favoreció en esta ocasion, como en tantas otras le desfavoreciera y agraviara. Dió Portuondo la órden de que lo embarcasen y trasportasen á Barcelona en nave de la marina real, aparejada para España, y zarpó de Génova, llegando al término de su navegacion peligrosa en el mismo lugar, donde la habia comenzado, no sin correr peligros de afrontar nuevas zozobras y de caer en manos de corsarios y piratas.

## CAPITULO X

ESTUDIOS DE IGNACIO EN BARCELONA, ALCALÁ Y SALAMANCA. AVENTURAS DE SU VIDA  
ESTUDIANTE

La negativa de los franciscanos á retener la persona de Ignacio en su convento y guardarlo para la oracion y para la penitencia en Tierra Santa, cambió los destinos del asceta y contribuyó á otra mayor obra. Engañábase á la sazón el penitente acerca de sus facultades y aptitudes, si creia que con su natural concordaba la inerte estancia en una especie de iglesia inmensa, donde solo habia espacio á las contemplaciones místicas y á las penitencias individuales. No estaba, no, en su carácter psicológico, y en su complexion material, esta inmovilidad. Habia nacido para todos los empeños de la eficaz accion material, y necesitaba emplear la vida en estos ejercicios. Soldado, desde el vientre de su madre, necesitaba la vida militante. En Jerusalem la hubiera tenido tambien, pero fugazmente, porque á los primeros pasos de su carrera vertiginosa, hubiera combatido con los poseedores del Santo Sepulcro, y encontrado la palma del martirio. Creedlo; él hiciera en aquel peligroso sitio cualquier hazaña sugerida por su hirviente sangre y sus agitados nervios, que le llevara prontamente á la muerte. Comprendiéndolo así los encargados de velar por la seguridad general del Catolicismo y de los católicos en Jerusalem, arrojáronlo de allí, torciendo á otras direcciones el curso tempestuoso de su vida.

Llegado á Barcelona, sintió que á su edad, y en sus achaques, solamente podia consagrarse á un combate de todo en todo espiritual, y esgrimiendo como armas las ideas. El Renacimiento estaba saturado de ciencia; y él no tenia ninguna. La Reforma suscitaba todos los problemas teológicos; y